

LA IDEA

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRIPCIÓN.—TRIMESTRE, 1 PESETA.—NÚM. SUELTO, 10 CTS.—ATRASADO, 25 CTS.

REDACCIÓN: PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.—ANUNCIOS: A PRECIOS CONVENCIONALES.

HIGIENE

—0—

Sin malevolencias para nadie, sin encubiertos fines, libre y desembarazada nuestra pluma de toda bizantina pasión que pudiera torcer su curso, en pró o en contra de personas determinadas, y sólo atentos á los requerimientos de nuestra voluntad, impulsada por sincera devoción á cuanto signifique cultura y bienestar para este pueblo, queremos hoy llamar la atención del vecindario y de las autoridades, acerca del abandono lamentable en que se tienen aquí las leyes y aun las reglas más elementales de la Higiene y de la Moral pública.

Es bochornoso, en verdad, el cuadro que, á propios y extraños ojos, brindamos, por lo que á la limpieza y ornato se refiere.

Dejemos á un lado esos montones de escombros, y esos muros medio destruidos, y esas acequias descubiertas, y esas calles de nuestros pecados, en las que á cada paso tropieza el transeunte con ripios y basuras; todo eso, que inspirara á un ilustre amigo nuestro, gran amante de Dalías, donde transcurriera su infancia, la pase feliz de que esta villa parecía «una población que acabarían de bombardear.»

Fijemos nuestra mirada en los muladares que existen en lo más céntrico; debajo de la plaza del Mercado, en muchas callejas de lo más transitado por ser travesía de calles principales.

Un vecindario poco escrupuloso en punto á pudor y ofato, por inveterados hábitos nunca combatidos, ha trocado aquellos lugares, en letrinas repugnantes con grave peligro para la salud de todos, ofensa de la Moral y molestia del estómago de muchos, que en las noches de calor, al buscar el aire libre, puras brisas que suban del mar ó frescos soplos que bajen de la sierra, sólo reciben el «delicado» aroma de algo que no «huele» á «ámbar» ni á esencia de rosas.

Para colmo de desdichas, en la rambla de Gracia—el sitio no puede ser más estratégico,—no sólo se depositan á diario excrementos é inmundicias de todo género y especies, si que también, animales muertos. No nos dejarán mentir los vecinos que tienen la malaventura de habitar cerca de dicha rambla, condenados á náuseas frecuentes

No há muchos días, se han arrojado allí dos cargas de pescado podrido, sin cuidarse de enterrarlo, y á despe-

cho de alguien que hubo de protestar enérgicamente contra tan incalificable abuso.

Esto no debe, no puede contemplarse, sin que clamen por sus fueos la salud pública seriamente amenazada, el bienestar de los habitantes de esta villa, y la civilización, á la que ya es obligado rendir culto, y es además depresivo para el nombre de nuestro pueblo.

Ahora ¿de quién es la culpa? De todos, pero más especialmente de los que han venido ejerciendo autoridad durante años y años; que no fuera justo atribuir los referidos males, á los que hoy nos administran y gobiernan.

Nosotros, salvando todos los respetos, no permitimos excitar el celo de estos últimos, para que, velando por la fiel observancia de lo preceptuado en las leyes y reglamentos vigentes en la materia, inicien activa campaña, contra los infractores de dichas disposiciones. Nos interesa el bienestar y el prestigio de Dalías, intereses ambos, merecedores de ser servidos con verdadero amor.

EN LA PENDIENTE

¡Pobre huerfanica
tan buena!... tan guapa!...
tortolilla perdida en el bosque,
sin calor y sin nido y sin alas!
Vestida de negro,
tu carne, ¡tan blanca!
tu carita de cera... pareces,
huerfanica, una muerta que anda.
Tus días ¡que tristes!...
tus noches, ¡que largas!...
por las calles sin rumbo, cantando
al compás de tu ronca guitarra,
florecilla muerta,
¿qué viento de infamia
te arrancó de aquel valle tranquilo
donde alegre, brillante, en tu infancia,
de qué negro crimen,
la cadena arrastrar?
estrellita del cielo, ¿qué nube,
el fulgor de tus luces empañar?...
Si en tu alma no hay culpa,
si en ella no hay mancha,
si es un copo de nieve, escondido
en el cáliz de un lirio, tu alma;
si en tu azul pupila
tiembla ¡las miradas
como tiemblan los rayos de luna
sobre el limpio cristal de las aguas;
¿por qué, ese Dios bueno,
por qué no te ampara,
y te deja solita en el mundo
sin abrigo y sin pan y sin casa?

Tu suerte me asusta,
niña desgraciada.
Los chacales del vicio te cercan,
en la sombra afilando sus garras.

Y eres tan hermosa!
tan jóven!... tan cándida!...
tu camino es, ¡tan largo y tan duro!...
y es el hambre, tan mala... ¡tan mala!
¿En que horrible abismo
te hallaré mañana?...
¡ay! ¿quién sabe si, el búcaro roto,
la azucena se enloda en la charca?
Pobre huerfanica,
tórtola sin alas;
¡que el Señor te proteja y te guíe!
¡que no olvides jamás tu guitarra!

RAMÓN GIMÉNEZ LAMAR.

DE COLABORACIÓN

LA PARÁBOLA DEL LEPROSO

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polareda de oro del sol de Nizán. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres con el ánfora al hombro, regresaban cantando de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Judea, cercándose sobre las montañas, se movía sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlem, llamado por una pobre viuda cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabi de Galilea, un amigo de los niños, á quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de las Idumeas, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra oscura de las pestañas. Sobre su túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban, desmelenados los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso—decía—; pero no humilles al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de tí trocenas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto; aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Si voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían, sonrientes, á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban, agitando los brazos.

—¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hosanna al Hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hosanna!... Hosanna!...

Jesús continuaba.

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con la sobra de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón, y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar no intentes consolarlo con prudentes palabras... Llévra con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de oro. Los rebaños seesteaban á la sombra de los olivos polvorientos. Un pastor tañía un rabel, á compás de una mót na canción patriarcal,

en la que se hablaba de tiendas plantadas en mitad del desierto, noches de luna, maná del cielo, lecha de camellas, y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo trémalo y quejumbroso, entre la hendedura de dos rocas.

En el recodo del camino, al pié de una choza cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba iastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una pura llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos y purulentos.

Mateo, el «Publicano», uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, y tenía además una tienda de pertumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica, una moneda, y, desde lejos, volteaéndola en el aire, se la arrojó al leproso.

Petro, el más rudo y hábil de los pescadores de Capharnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino, y andando cuidadosamente, le colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias, y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba á trasponer, coronando de rosas sangrientas las montañas vecinas. Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

agüello se destacaba majestuosamente, nimbado por un rayo de sol.

Cojió entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente, y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes espantados, cayeron de rodillas, con las manos extendidas al cielo... y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos bellos temblaba un hilo de agua...

FRANCISCO VILLAESPEA.

IMPRESIONES

Para Antonio Baena.

Son las cinco de la tarde. Estoy tendido sobre la limpia arena de esta hermosa playa, á la sombra de un barco de pesca. Aparto mis ojos de la azul superficie del mar, y los fijo en las apañadas casas de mi barrio, en otro tiempo el más alegre de Balerna. ¡Oh, años, que veloces correis y que cambios y mudanzas vemos en los seres, las cosas y lugares con vuestro paso! ¡Qué diferencia de ha muchos años á esta parte! Otras veces, desde este mismo sitio que ahora ocupo, contemplaba al entonces bullicioso barrio lleno de bellas jóvenes, que unidas en amistad y confianza, gracias á un abierto y expansivo trato, formaban ese simpático y atrayente grupo juvenil, hijo de los verdes años.

Hoy al mirar, sólo descubro alguna que otra mujer casada que á la luz que proyecta una ventana, y frente al espejo, se ocupa en la labor, imprescin-

dible para toda mujer educada, que cuida embellecer su rostro, en lo del tocado.

Tan sólo veo en la puerta de su casa, á una rubia, joven, bella, que hace grata y alegre la vida á los que sienten las realidades de las cosas.

* * *

He hablado con varios marinos de los que tiran á la tralla, ó «jabegotes», después de cuatro ó cinco horas de trabajo; de ese trabajo muy semejante al de los animales. Tras de tantas horas de continuo tirar, cuando esperan obtener recompensa á su fatiga, ven con honda pena, que el cope ó «jábega», no ha pescado nada.

A los más viejos, el cansancio les hizo tenderse en la arena, próximos á donde yo estaba.

—¿Son ustedes muchos en la barca? —les pregunté.

—Unos dieciocho ó veinte, poco más ó menos.

—Siendo ustedes tantos, para sacar un jornal, necesitarán pescar de doce á catorce arrobas, por lo menos, de pescado.

—¿Doce ó catorce? Dios lo quiera, pero con la mitad nos apañábamos; y si aseguráramos eso siempre, que más podíamos desear.

Dándoles un cigarro, les dije:

—Es triste eso de no ver recompensado el trabajo, pero qué quieren ustedes, hay que tener paciencia, y tomar las cosas de la vida como se presentan.

pero ¡Señor! siquiera lo bastante para sostener la vida; más esto ¡es demasiado!

Yo callé, por lo pronto no supe que contestarles.

La noche se acercaba, y se marcharon no sé á donde, á dormir quizás, pues durmiendo no se sienten las amarguras de la existencia.

Yo, ante estas humildes aspiraciones, no pude por menos que pensar en los grandes egoísmos y ambiciones que degradan y aniquilan la sociedad.

Estos hombres, por ley natural, desean ¡lo suficiente para sostener su cuerpo y no morir! Y los otros hombres, los grandes, ¿qué es lo que ambicionan? No es necesario preguntarles, lo estamos viendo todos los días. En el mundo todo son ansias de poder y de riqueza. Fijémonos en la ambición del político, por ejemplo, la de éste, es estar siempre en activo, para mandar y «administrar», sin tener en cuenta que la afición á lo ageno les enturbia la conciencia, y que muchas veces se rebaja á papeles que no haría un mazo de cuerda. ¡Y ver que estos hombres no tienen necesidades por cubrir, pues casi todos son ricos, es el colmo de la mayor miseria humana!

Si la ambición de todos los hombres de la tierra, fuera igual á la de estos de la playa, el problema social, humano, estaba resuelto.

Estas impresiones, querido Antonio, las he recogido, mirando al este, por donde sale el sol; el sol que ilumina la tierra, y que como á ella, ilumina tam-

bién las miserias, las quejas y las injusticias humanas.

¡Mejor sería que no las iluminara!

GABRIEL G. FORNIELES

Balerna—Agosto—907.

Pesca abundante

A la sombra de un pequeño barquillo de pesquera, resguardados del fuerte vendaval que reinaba, escuchando la salvaje armonía del mar, encontrábase unos cuantos jóvenes, suspensos de la palabra de un viejo y curtido marino, que sin soltar de los dientes la negra pipa, entre bocanada y bocanada de humo, les contaba la siguiente verídica historia.

«Era una mañana lluviosa, la gente corría presurosa hacia la playa; en el mar, muy lejos, entre la bruma que cerraba el horizonte, veíanse cual bandada de blancas palomas, los barcos de pesca, sosteniendo una lucha titánica, con las olas, dando terribles saltos y enseñando la quilla á los embates del oleaje.

Allá, á gran distancia, se distinguía una sola, que desarbolada y maltrecha iba como pelota, de ola en ola como débil juguete á merced de la tormenta.

La gente reunida en la playa gritaba viendo á los tripulantes unidos, hechos un grupo, formando un solo cuerpo en la popa del barquillo, sin medios de defensa, abandonados por completo ó los elementos, atemorizados ante la proximidad de la muerte.

Entre los que allí nos encontrábamos contemplando aquel terrible espectáculo, se hablaba de ir hasta la barca, de echarle un cabo, ver el modo en fin de atraerla hasta la playa; pero todo inútil, los más valientes, los más temerarios, viendo las olas que cual montañas de agua venían á estrellarse con ronco bramido en las rocas de la costa llenando el espacio de polvo de agua, callábase aterrorizados. El barco que intentase salir se estrellaría, seguramente, á sus tripulantes volcando en la arena antes de mover un remo.

Será poco humanitario, cuanto queráis, pero no quedaba otro recurso, si no queríamos ir á una muerte segura, que dejarlos entregados á la voluntad de Dios.

Se pasó revista de las barcas pesqueras y una sola faltaba, la de Juan, aquel honrado marino y amantísimo hijo, á quien en el pueblo todos veneraban por sus bellas cualidades y á quien con justa razón apodaban el santo.

Tenia á su anciana madre postrada en cama, y falto de recursos, había salido con el firme propósito de arrancar á las entrañas del mar pesca suficiente con que atender á los muchos gastos que la grave dolencia que padecía la que le dió el ser requería; por eso, cuando les sorprendió el tempo-

ral, lejos de huir presuroso á ganar la cesta salvadora, continuó en su puesto deseoso de cumplir la palabra con él mismo empeñada de no regresar sin la abundancia que en su mente imaginara.

Entre tanto, la barca, empujada por la corriente del mar, se aproximaba lentamente y la ansiedad crecía en todos los ánimos.

Al fin, tras algunas horas de sufrimiento, logramos ver la barca barada y contemplar con horror el cuadro lúgubre que aquella ofrecía. Juan sin aceptar á brincar en tierra, no apartaba la vista del grupo formado por los cadáveres de sus cuatro compañeros que él, con una valentía y abnegación sin límites, librando ruda batalla con las embravecidas olas, uno á uno, conforme iban muriendo, había podido arrebatar al mar y amarrarlos en su pequeña nave.

A la lluvia de exclamaciones y preguntas que á un mismo tiempo cayeron sobre él, levantó la cabeza, nos miró con expresión estúpida y lanzando una horrible carcajada, partió á toda carrera perdiéndose por los intrincadas callejuelas del pueblo.»

FRANCISCO REYES,

ESTIVAL

Proyecta su sombra sobre el paseo del cortijo, un joven y arrogante almendro. El mar está allá abajo azul y tranquilo. Las ásperas rocas levantan sus crestas sembradas de tomillo y romero. El blando viento que llega de la mar, roza suavemente los almendros, los acaricia, y en ellos canta la temblorosa canción de la montaña. Una limpia acequia de agua que, serpenteando por los montes, corre con velocidad vertiginosa hasta descansar en la llanura, murmura algo ininteligible, pero muy dulce. Se oye de un rebaño de cabras que hay en una hondonada, el tintineo pastoril de las esquilas.

Héme aquí, bajo el almendro, recostado en una cómodo butaca con la cara al cielo y la mirada errante. Recostado como estoy gozando de la paz que proporciona este ignorado y poético rincón, y dentro de feliz olvido de las luchas y afanes de la vida; una pregunta pugna por salir á los labios y me hace pensar un poco.

¿Qué es lo mejor, lo más saludable? pasarse la estación veraniega en una playa bulliciosa, donde hay que mudarse de ropa varias veces al día; distrayéndose en perder el dinero al «golfo»; ó bien buscar uno de estos rincones de bellos paisajes, sin juegos de envite y azar, ni competencias en el vestir?

Yo no puedo insistir mucho tiempo en estas meditaciones. ¡Se está aquí tan bien! ¡Corre un viento tan suave! ¡Pasan con tan graciosa lentitud esas nubes cenicientas!

He ahí el mayor gozo de mi alma en esta época del estío; la más íntima satisfacción de mi espíritu es el retirar-

me á un lugar apacible donde no llegue con facilidad el estrépito de la vida urbana; lugar donde vivir en grato reposo, y recobrar fuerzas para la lucha próxima.

El joven almendro vuelve á estremercarse á la caricia del viento.

En el llano canta un ave; y por la vereda que rayando el monte conduce al pueblo, marcha una hermosa campesina llevando en el rostro moreno muchos besos de sol.

M. FORNIELES.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

En Loeningen, del ducado de Oldemburgo, tres muchachas han sido objeto de una represión pública en el templo, por el enorme delito de haber aceptado una invitación para un baile.

Desde hace cincuenta años hasta ahora, ninguna de Loeningen, habíase permitido bailar.

Si «Chelito y Fornarina» por Loeningen asomaran, y con gracia y con zandunga un tanguito se bailaban ¿qué harían allí con ellas? Pues que las canonizaban.

Enterada la policía de Trois-Epis, pueblo de la cordillera de los Vosgos, de que en aquellas montañas había «faunos» á caza de «niñas», como en tiempos de Anacreonte y Baco, dió una batida en las mismas, de la que resultó, que fueron cogidos tres hombres sin otras prendas de vestir sobre sus cuerpos, que calcetines y zapatos.

Ni en el país donde habitan los impúdicos «mormones», se encuentran hombres que vayan más lijeros de calzones.

Para huelga curiosa, la de Shirmeck, población de la Alsacia.

Por orden del obispo de Strasburgo, el cura de dicha población, pronunció el latín de los oficios religiosos, con acento alemán.

Las monjas de varias conventualizadas, exigieron que se pronunciase el latín con acento francés, amenazando con no asistir á los mencionados oficios, si no accedía el cura á su petición.

Hombre, qué cosas más raras pasan en esos países.
«Una huelga de beatas.»
¿Qué piensan de esto «los luíses»?

LA ETERNA CUESTION

Es la del agua de riego; la que por desgracia, no hemos de ver nunca aquí resuelta á satisfacción de todos, tanto por culpa de los mismos regantes, como de las autoridades.

En la semana pasada, ha ido el agua á nuestro campo, al solo objeto, de llenar los aljibes, y después de tenerla allí, muchas más horas de las necesarias para evacuar dicho servicio, resulta que han regado varios labradores, unos banales de maíz, sin derecho alguno á ello, y quedando vacíos muchos de los referidos depósitos.

Hasta se dió el caso de que un labrador fuese á donde en aquel momento se estaba regando toda una vequilla, y por más que pidió á los encargados

del agua, que se llenase su aljibe, como era de justicia, puesto que del mismo se surtían de agua, muchos vecinos, se le contestó descaradamente que «ya no podía ser».

Dicho individuo, antes que promover una cuestión personal, se resignó á ver como regaban unos y otros sus banales de maíz, con el agua que correspondía á su aljibe y á otros.

Seguros estamos de que á la autoridad, no llega la noticia de estos abusos, pues si los conocieran, procurarían imponerles pronto y obligado correctivo.

NOTICIAS

—Automóviles—

Parece ya seguro que muy en breve, quedará establecido el servicio de automóvil para viajeros y transportes de mercancías, entre Almería y Berja, según solicitud presentada en el gobierno civil de nuestra provincia, por una respetable empresa belga, que ya tiene en explotación este mismo servicio en otras importantes capitales de España y del extranjero.

Las oficinas y despachos de billetes se están instalando en el Paseo del Príncipe, al lado de la imprenta «La Provincia».

Como esta es una gran mejora en nuestros medios de comunicación con la capital, nos alegramos de veras, de su realización por los indudables beneficios que ha de reportar á toda esta región del poniente, y además felicitamos á la Empresa por que á no dudar, va á hacer un buen negocio.

—Más respeto—

A unos metros nada más de las tapias de nuestro cementerio, vimos el otro día, un enorme perro muerto, y ya en completo estado de descomposición. Las repugnantes y perniciosas emanaciones que de aquella corrompida masa se escapaban, llegaban hasta la entrada del pueblo, con grave riesgo para la salud de aquellos vecinos.

Creemos que no es aquel el sitio más apropiado para arrojar perros muertos, dejándolos al aire libre tan cerca del augusto recinto.

A ese paso, el día menos pensado, hay quien agarra un perro muerto por el rabo, y volteándolo, lo echa al inferior del campo santo, confundiendo con los restos humanos, para todos sagrados.

Más respeto para nuestros antepasados difuntos, queremos y pedimos, lo mismo que para la salud de los vivos.

—Hasta que truena—

Nadie se acuerda de Sta. Bárbara. Apesar de que en su día dimos la queja del abuso que cometen algunas mujeres lavando en el pilar de la fuente del «Deseo», siguen las mismas enturbando con jabón el agua destinada á las bestias.

Pues, bueno; profetizamos para la

cercana «faena» un conflicto en aquel sitio, parada de los carros que en gran número cruzan por allí la carretera. Si no se corta á tiempo dicho abuso, y algo ocurre por desgracia, no será nuestra conciencia la menos tranquila.

VARIETADES

—0—

EL COLOR DE LOS LUTOS

Es notable la disparidad en los colores adoptados por diversos países para honrar á sus muertos.

Véase la clase:

En Siria, llevan el luto de color azul celeste.

En Egipto, color de hoja seca.

Los etiopes, blanco ó ceniciento.

En varias regiones de la India, encarnado vivo.

En el Japón y en Europa, negro

En la China, azul muy oscuro.

Y es que cada nación cree tener razones que justifiquen el color adoptado.

El azul celeste, por ejemplo, denota el lugar en que se desea descansan los muertos: el cielo.

La hoja seca, representa el fin de la vida, porque esa es el color de las plantas cuando mueren.

El ceniciento, el color de la tierra en que se convierten los cadáveres.

El blanco, la pureza de la vida del difunto.

El rojo, el fuego en que se consumió el cuerpo del difunto.

El negro, la privación de la luz y la vida.

El azul oscuro, el color del quinto cielo, donde creen que van los elegidos.

FENÓMENO VEJETAL

Un ilustrado profesor de Rávena, hizo el experimento siguiente; abrió en el tronco de una cepa de vid, un agujero con una barrena, introdujo en él un grano de uva pasa, lo cubrió después con tierra húmeda, y á poco vió con gran alegría, que del agujero brotó un hermoso vástago que bien pronto se cargó de fruto. Recomendamos el sistema, á nuestros parraleros.

Ingenio de un farmacéutico.—Mi botica, decía un farmacéutico, es la mejor surtida de la población.

—¿A que pido yo algo que no tiene V?—replicó un contertulio.

—¡Imposible A ver! Pida V.

—Pues sáqueme V. espíritu... de contradicción.

El boticario, sorprendido, meditó un momento, se entró en la trasbotica y al momento, sacando á su mujer de un brazo, dijo—Como no pida otra cosa; en eso está V. servido.

EL MEJOR GOBIERNO

Reunidos los siete sabios de Grecia en casa de uno de ellos que los había convidado á comer, de sobremesa, se puso á discusión el tema siguiente: ¿Cuál es el gobierno más perfecto? SOLÓN dijo: «Aquél donde la injusticia hecha á un particular, interesa á todos los ciudadanos»

BÍAS: «Aquél donde la ley está en lugar del monarca»

THALES: «Aquél donde los ciudadanos no son ni muy pobres ni muy ricos.»

ANACARSIS: «Aquél donde la virtud es honrada y despreciado el vicio.»

PÍTACO: «Aquél donde los empleos se dan siempre á los buenos y nunca á los malos.»

QUITÓN; «Aquél donde se hace más caso de la ley que de los oradores.»

y PESTANDRO: «Aquél donde la autoridad, está en un corto número de hombres virtuosos.»

AL PÚBLICO

En la Redacción de este periódico, se reciben encargos para toda clase de impresos. Precios económicos, Trabajos á varias tintas.

Tip. LA IDEA

ALMENDROS DE SECANO

Hermoso vivero de almendros con piés de pepita amarga, de dos años, y de un metro, ochenta centímetros de altos. Sin ingertar.—Para pedidos y precios dirigirse á

DON GABRIEL MÁLDONADO

CALLE DE AYUDANTE

DALÍAS

VIVERO DE SECANO

Gran vivero de almendros con piés de tres años, sin ingertar, de pepita amarga y de más de metro y medio de altos.

Para informes, en casa de

DON JOSÉ REYES VILLEGAS

CALLE DE ALMÁRGEN

DALÍAS

SALVADOR MARESCA

FITZROY SQUARE, 31. LONDON W.

Comisionista de frutas en todos los mercados extranjeros.

Envío cheque sobre Banco de Londres, inmediatamente después de efectuadas las ventas.

Para demás informes y facilidades, Pedro Jover, 38, Almería.

PALOS PARA PARRALES

—)0(—

En el taller de carpintería de D. Eduar-do Ibañez Reyes, se encuentran á la venta, palos para parrales, á los precios siguientes.—0'35, 0'40, 0'45, y 0'60 céntimos.

Palos de 5 varas de largo á 2 ptas. uno. Por partidas de diez en adelante á 1'75 pesetas.